

que la muerte. Amamos y luchamos en la vida por el sentido agonístico que ella tiene, por sus grandezas y por sus miserias, por sus encantos y por sus tragedias. El día que no quede un burgués sobre el planeta tendremos que improvisarlo nuevamente. Pero esto no lo pueden comprender los «románticos» del marxismo que nos anuncian una fraternidad universal a la sombra de un trapo teñido de sangre y a los compases de un himno de odio y destrucción.

La mejor aptitud que reconocemos en el profesor Molina, amén de su equilibrio mental, es la ausencia de bandería o partidatismo al exponer sus ideales. Así deben ser los verdaderos intelectuales, muy distintos a los que se nos ofrecen por estos ardientes trópicos.—ANTONIO IRAIZOZ.



LA PARASITOLOGIA EN VENEZUELA Y LOS TRABAJOS DEL DOCTOR NUÑEZ TOVAR, por el *Dr. Diego Carbonell*.—Litografía y Tipografía del Comercio,—Caracas, 1938.

Para el doctor Carbonell es en la práctica del *piache* o *mohanes*, según Rodríguez Rivero, donde es necesario investigar los orígenes de la parasitología americana; *piaches* o *mohanes*, especies de curanderos o médicos, en su acepción más general para fray Baltasar de Lodares, y para Rodríguez Rivero, hechiceros o sibilistas; *sibilinos* prefiere Carbonell. Sin embargo, el médico venezolano no considera al *piache* precursor del parasitólogo, ya que este personaje poseía «todos los atributos seudos-científicos del sacerdote» y porque a la parasitología de nuestro tiempo no han allegado ningún concepto que sirva como vehículo relacionador entre ésta y ellos. Igual que Paracelso, «el eunuco o lo que fuera», lo llama Carbonell, tampoco «podría iluminar los senderos actuales de las ciencias

físico-químicas aplicando sus puerilidades y principios de alquimia» (1).

Es el jesuíta Joseph Gumilla el que conoció y estudió más acertadamente las prácticas del *piachismo*, que expuso en su obra *El Orinoco ilustrado y defendido*, publicada en Madrid en 1755. Carbonell lo estima como el más «hábil de los geógrafos y naturalistas» y precursor, en gran parte, de la biología y bio-fisiología del famoso «pito», cuya costumbre de «beber la sangre con tiento y dulzura»—así lo pinta Gumilla—fué «sorprendida bajo otros climas y otros nombres» en 1911 por el brasileño Carlos Chagas, siglo y medio después que Gumilla. Fuera de Gumilla, en esos viejos tiempos, no existe otro observador más sagaz. Conoció el «modo de combatir los chupadores de sangre casi también como nosotros», afirma Carbonell. No obstante, con esto no quiere decir que los parasitólogos de ahora miren con idéntico criterio que los piaches a los insectos dañinos. Resumiendo: Carbonell sostiene que los orígenes de la parasitología «se reducen a las narraciones casi legendarias sobre las absurdas prácticas del indio». Es verdad que las noticias de Gumilla son estimables, pero son casi las únicas.

Ya a principios del siglo XIX no es sólo en los piaches donde se encuentran antecedentes parasitológicos. Hay hombres de estudio que observaron con pupila de sabio, aunque casi nunca fueron precisos o afortunados en las afirmaciones científicas, pero que jamás olvidaron este sentido de seriedad investigadora en sus trabajos. Entre ellos, don José María

---

(1) El doctor Carbonell parece que subestimara a Felipe Teofastro Bombast von Hohenheim, olvidándose, entre otras cosas, que Paracelso introdujo en la terapéutica las substancias minerales y que fué el que vulgarizó la teoría de los gérmenes patógenos, siendo una de las figuras más destacadas de la medicina; que Garrison lo tiene por el único aseptista después de Mendeville y antes de Lister; que Bass lo reconoce, como biólogo, precursor de Darwin, etc.

Vargas, rector de la Universidad Central de Venezuela, por el año de 1827; «adelantado», según Carbonell, de la parasitología. «Si Vargas, dice Carbonell, hubiera desechado el vocablo virus que antes del descubrimiento de los microbios designó el pus de las pústulas variolosas que tomado en un individuo enfermo es capaz de producir en el individuo sano la aparición de la misma enfermedad, habría sido, sin duda, un auténtico precursor de la doctrina que algún tiempo más tarde definió, defendió y comprobó Luis Pasteur».

Pero el verdadero precursor de la parasitología es el doctor francés Luis Daniel Beauperthuy, titulado de médico y cirujano en las facultades de París y Caracas y nacido en 1808 en la isla de Guadalupe y muerto en 1871, «muerto por el mal que según Cristo desapareció apenas de un samaritano a quien dijo: *Surge, vade; quia fides tua te salvum fecit*». Tenía también los títulos de naturalista y de micrógrafo (microscopista). Como micrógrafo, el doctor Beauperthuy estudiaba y analizaba bajo la lente del microscopio todo aquello que le interesaba para sus investigaciones. Con su ayuda, las enfermedades tropicales fueron pacientemente observadas por «el mártir de Demerara».

William C. Mc Cloy en un ensayo sobre los «Mártires de la Ciencia», incluye a Beauperthuy entre ellos. También dice de él: «Fué el primero que dijo que los mosquitos causaban la fiebre amarilla. La comisión nombrada por el Gobierno (Venezuela) para hacer una investigación concluyó, por unanimidad, declarándolo loco (1853)».

Pero el doctor Luis Daniel Beauperthuy fué simplemente admirable, como hombre y como sabio. En Demerara fué el médico de los leprosos. Se distinguió tanto por su ciencia como por su piedad. Aunque especialmente en el aspecto científico es donde Beauperthuy descuella en la historia venezolana y como investigador médico, su nombre y su prestigio rompen la geografía de ese país y adquiere categoría europea como

parasitólogo. Sus estudios sobre enfermedades producidas por insectos dañinos han contribuído de manera fundamental a esclarecer variados problemas relacionados con la etiología de esas enfermedades. Para el doctor Carbonell, Beauperthuy «ha reconstruído en un sueño de dolores el futuro de la etiología microbiana» o ha captado la «visión de la etiología pasteuriana» y fué fuerte en él la «tendencia a querer escudriñar el futuro de la ciencia». Por otra parte, declaró que «no es en la sangre donde se halla el foco de la vida, sino más bien en los tejidos aspiradores y expiradores»; que «el frío detiene el desarrollo de los gérmenes organizados, pero conserva indefinidamente, sin alteración, las substancias orgánicas, así como lo demuestran los mamutes exhumados de los hielos del norte, y los cadáveres de españoles encontrados sin deformación sobre el vértice helado de las cordilleras después de la época de la primera conquista del Perú».

«Grandiosa observación—continúa el doctor Carbonell—esta que coloca a Beauperthuy en el vértice desde donde el precursor, aprecia la trama cerrada de los enigmas: algunos años más tarde, Pasteur adquiriría la eterna propiedad de la gloria llevando a la práctica este recuerdo».

«Ahora mismo, sigue Carbonell, continúa siendo magistral su concepto sobre infecciones, contagios y miasmas: leyéndolo, se tiene la impresión de que anda en tratos con el misterio, que de su pluma ya va a salir la palabra definitiva, y que está recogiendo en la síntesis del vocablo *microbio* que el doctor Joseph Sedillot había propuesto a poco de que Pasteur diera al traste con los efluvios, para designar los organismos inferiores que existen en el aire, en el agua, sobre los cuerpos que nos rodean y que producen si no todas al menos un gran número de enfermedades infecciosas; que está recogiendo, digo, en el vocablo *microbio* combinado en 1878, toda la enseñanza de los siglos anteriores... Sólo que él habla de moléculas

las, y se ha dado cuenta de que *algo* falta a sus propias adquisiciones y a las de la ciencia en general».

Del estudio del doctor Carbonell se desprende que la importancia precursora de Beupersuy en la parasitología no tiene parangón en el continente. Ese «amplio precursor de la ciencia», lo llama también.

Después de hacer un breve análisis de «el creador de la ciencia», Pasteur, se refiere Carbonell a «nuestro apóstol», el doctor José Gregorio Hernández, nacido en Isnotú en 1864, habiéndose recibido de doctor en medicina en Caracas, en 1888. Bajo la presidencia de Andueza Palacios—«que era un civilizado»—fué enviado a Europa. Estudió en las Universidades de París y Berlín histología, fisiología y bacteriología. En 1891 regresó a Caracas, inaugurando las cátedras de Histología Normal y Patología, de Fisiología y de Bacteriología. Es a esta a la que se refiere con más atención el doctor Carbonell. En oposición al doctor Núñez Ponte, Carbonell no considera un «genio adivinante» al doctor Hernández, pues afirma que en la ciencia no hay adivinaciones, sino científicos. Tampoco lo supone el Pasteur venezolano, ya que Hernández, antes que nada, luchó infatigablemente, con fe y sacrificio apostólico, por crear—por hacer, dice Carbonell— discípulos de la ciencia estructurada por Pasteur. Es, pues, como profesor, como maestro y como autor de un breve volumen de *Elementos de Bacteriología* que compendia la ciencia de Pasteur, como vale recordarlo, porque en materia de parasitología se le conoce sólo un trabajo sobre la bilhiaziosis en Caracas. Pero todavía tiene otros méritos, sin duda, más necesarios de resaltar. No hay que olvidar que fué el primero en cultivar y colorear los microbios en la patria de Bolívar y también el primero en haber sacado la fisiología de la «penumbra de escolasticismo nebuloso», ubicándola en el plano de la experimentación. El Claudio Bernard venezolano cree Carbonell que sería más justo llamar a Hernández, porque la labor de este en la bacteriología

fué insignificante en relación a la fisiología, en la que puso mucho más trabajo personal. Su estudio en este sentido *sobre el número de los glóbulos rojos* es muy ponderado, afirma Carbonell.

Continúa el doctor Carbonell su notable ensayo histórico sobre la parasitología en Venezuela, analizando la obra de Santos A. Dominici, *El Laverán Venezolano*; de Francisco Antonio Riskey, *El Pouchet Margariteño*; de Rafael Rangel, *El muchacho que no tenía un camastro*, hasta llegar al *Hombre del Caballo Blanco*, o sea, el doctor Manuel Núñez Tovar, una de las figuras científicas prominentes de Venezuela y a quien se le debe como parasitólogo algunos aportes significativos y especialmente como entomólogo, «ramo para el que tuvo verdadero genio», dice de él el doctor Rodríguez Rivero, antiguo rector de la Universidad de Caracas. Graduado de médico en 1895, descubría en 1909, junto con César Flamerich, en los enfermos considerados como atacados por fiebres palúdicas, «los huevos del terrible parásito conocido con el nombre de anquilostomo, hecho este que por primera vez se constata de manera científica en Oriente». Un médico japonés, Juro Hatori, que visitó a Venezuela en 1926 dice en su *Diario de viaje por América* que uno de los objetivos principales de su viaje a tierras venezolanas fué conocer al doctor Núñez Tovar: «Ya tenía, desde el Japón, trazada esta visita al doctor Núñez Tovar cuya fama es la de un doctor eminente».

El apodo, el bello apodo de «el hombre del caballo blanco» le fué conferido al doctor Núñez Tovar por los campesinos de los alrededores de Maracay, ciudad esta donde murió en 1928. Para esa gente simple y buena fué familiar la figura del entomólogo: «Fué desde entonces, apunta Carbonell, que se hizo tradicional entre los campesinos de las delicias, Gonzalito, Mariara, etc., y en general las orillas de la maravillosa laguna helvética de Valencia, el hombre del caballo blanco: ya al atardecer, cuando al fin se descansa del calor sofocante que oprime

a la ciudad hasta la caída del sol; cuando ante la indecisión de la luz que va desapareciendo lentamente, como en una fuga de notas luminosas, el Anopheles vigila desde las charcas y se lanza a la aventura encomendada a los flebotomos que hieren gritando, o si se quiere cantando monorrítmicamente; entonces el doctor Núñez Tovar descendía del automóvil y sobre su caballo blanco se iba por las veredas de la montaña, examinaba las orillas de las pequeñas ciénagas, y provisto de probetas numerosas se entregaba a la cacería de los nematóceros, a los cuales debe Venezuela no poco de su miseria como pueblo de labradores, porque los dípteros le chupan la sangre a nuestro campesino y la empobrecen y se la corrompen».

Labor silenciosa y tesonera la del doctor Núñez Tovar, y fecunda. Como pocos, estudió los insectos dañinos de su país, los clasificó escrupulosamente, haciéndole grandes servicios a la ciencia en lo que respecta al conocimiento de los insectos que producen fiebres malignas. También su fina y zahorí pupila de observador descubrió especies nuevas, describió sus costumbres, explicó sus características. En los diversos trabajos del doctor Núñez Tovar que finalizan este grueso volumen, los entendidos podrán apreciar la importancia de la obra realizada por el doctor Núñez Tovar. Profanos en la materia, al referirnos a ellos, queremos sólo señalar esos trabajos, dar la noticia. Los especialistas pueden aprovecharse de ella.

En lo que respecta al ensayo del doctor Diego Carbonell, *La parasitología en Venezuela*, es una historia completa de los orígenes, del desarrollo y del estado actual de esta rama de la ciencia en ese país, impresionando en la parte documental e histórica, por la seriedad y rigor con que ha sido abordado su estudio. Escrita a veces en un tono polémico, no desdeña tampoco el cuidado del lenguaje, siendo generalmente muy expresivo. Si usa en el idioma la precisión científica, la frase hermosa tampoco es ajena. Y así hace posible que, personas como nosotros, por ejemplo, no especializados en la materia, puedan

seguir el curso de la lectura con interés y apetencia. Es valía no frecuente en médico sudamericano.—ARTURO TRONCOSO.



MOYEN AGE ET RENAISSANCE, por *John Nordstrom*.—Librairie Stock, París.

Es de reciente fundación la institución oficial llamada *Fonds Descartes*, creada con el objeto de publicar las más sobresalientes obras suecas vertidas al francés. Su labor difusiva la ha iniciado con un notable ensayo histórico de que es autor el profesor de la Universidad de Upsal, John Nordstrom, titulado: *Moyen Age et Renaissance*. Nordstrom rebate documentada e inteligentemente las conocidas ideas que se refieren a los orígenes del renacimiento y que sustentan que este suceso histórico es de etiología italiana, de manera exclusiva, teoría que ha encontrado en Jacobo Buckardt su más formidable expositor y defensor.

Para John Nordstrom, en primer lugar, no existe una oposición fundamental, como se ha querido establecer, entre el Renacimiento y la Edad Media. No considera al primero como un movimiento nacido y desarrollado, desconociendo los antecedentes del medioevo, ni a la existencia renacentista como una civilización peculiar crecida ignorando totalmente la época medioeval e imponiéndose a su barbarie.

Si es cierto que el Renacimiento y su poderoso impulso cultural, y vital manifiesta Nordstrom, término con la Edad Media, fué en Francia y no en Italia, donde empezó a germinar para después desparramarse sobre Europa. En Italia fué donde se enderezaron sus más altos signos, por lo menos, desde ella desembocó hacia el mundo civilizado, en el siglo XVI, manteniendo en esa misma época su predominio. No fué Italia el país que primero sobrepasó el feudalismo, ni dentro de sus lí-